

bien. Nada temerás en la hora de la cuenta si procuras llevar siempre bien ajustada la de tu vida; no sentirás dejar el mundo, ni sus placeres y vanidades, si profesando la sabiduría cristiana has sabido conocer su vaciedad, y al mismo tiempo la grandeza, la hermosura y la bondad de Dios. Si tu espíritu repugna las cosas terrenales y anhela las celestiales; si no ama el fugaz aparato del mundo, y está enamorado de la hermosura de Dios, al llegar la hora de unirse con Él se sentirá feliz, y todos los esfuerzos del infierno no contrarestarán los de aquella poderosísima Abogada, á la cual el devoto del Rosario tantas veces con anticipacion prudente ha pedido que rogase é intercediese por él en la hora de la muerte.



CAPÍTULO XV.

El quinto misterio glorioso: La coronacion de Nuestra Señora por reina de todo lo criado.

1.

LEVANTA, alma mia, los ojos de tu espíritu á la celestial Jerusalem, y contempla en la cúspide de aquella maravillosa escalera de la gloria de una inmensa gradacion, colocado el trono sempiterno, desde donde reina la inmaculada Virgen María, Hija, Madre y Esposa del mismo Dios, y por lo tanto unida con vínculos inefables é intensísimos con la misma Divinidad. Confesó san Pablo despues que fué levantado hasta el tercer cielo y contempló la gloria del mismo, que ésta no podia ser explicada, que ni el ojo, ni el oído podian

hacerse cargo de lo que era; y si él, grande apóstol, despues de vista la gloria no podia explicarla, ¿cómo nosotros, infelices pecadores, podremos explicar la gloria de María, sin haberla siquiera vislumbrado?

Porque tal es la substancia de este quinto misterio glorioso, la consideracion de la inmensa gloria á que en el cielo está sublimada Nuestra Señora, formando cabeza y remate, junto con su Hijo, de la humanidad redimida por Cristo, superior á todas las demás criaturas, tanto mundanas como angélicas. La Iglesia nos la pinta, tomándolo del libro del Apocalipsis de san Juan, águila que con su atrevido vuelo llegó al cielo y pudo contemplar su gloria, como una Señora vestida del sol, coronada de estrellas y que tiene la luna como por escabel de sus piés. ¿Es posible, alma mía, que se te dé á comprender mejor la gloria de Nuestra Señora y su dignidad de Reina, que con esta corona de estrellas en que la representa la Iglesia? La diadema de oro y diamantes con que ciñen sus testas los monarcas de la tierra, es símbolo de su soberanía; y tanto como dista un diamante de una estrella, así tambien es inferior la gloria de un rey terreno á la gloria de

esta celestial y divina Princesa. ¿Y por qué piensas que anda María vestida del sol, sino porque está vestida de la misma virtud y excelencia de la Divinidad? El sol es un símbolo de Dios, vivifica el mundo, lo alumbra; Dios, verdadero sol, fuente única de luz y vida, es uno; mas por una amorosa dignacion de su bondad ha querido revestir á una simple criatura de todos los resplandores de su gloria, de la magnificencia de su virtud y de la fuerza de su poder. Él, único Rey inmortal é invisible á quien corresponde todo el honor y toda la gloria por los siglos de los siglos, ha querido una Reina; la Mujer á quien asoció á todas las grandes pero dolorosas empresas de su Encarnacion, de su Vida y de su Muerte, quiso que tambien estuviese asociada á su gloria, haciéndola participante de su soberano dominio sobre todo lo criado. *Tu, Virgo, prece potes quod Deus, imperio*, dice un antiguo verso; es decir, la Virgen es todopoderosa, no por naturaleza, que esto incumbe tan sólo á Dios, sino por generosa concesion del mismo; es Reina de todo lo criado, no por derecho propio, sino por su enlace misterioso, profundo, íntimo y eterno con el Rey de reyes y Señor de los

que dominan, con el que rige el conjunto de toda la creacion y es soberano Dueño de ella.

Todas las criaturas del cielo y de la tierra reconocen esta soberanía de nuestra Señora, y la más encumbrada de ellas que se resistiese á postrarse ante esta Reina, caería de lo alto de su dignidad á lo más profundo del infierno, como Satanás cayó al fondo del abismo, al no querer reconocer la soberanía de Dios. ¡Cuántos orgullosos han caído en lo profundo de la herejía, por resistirse á confesar las excelsas prerogativas de la Virgen! El que repugna sujetarse al dominio de nuestra Señora, repugna también á sujetarse al soberano dominio de Dios.

¡Oh dichosa y por todos los siglos de los siglos bendita soberanía de nuestra inmaculada Madre! ¡Oh don el mayor que el Todopoderoso podía hacer á la flaca humanidad, suavizando el peso de su eterno cetro de mando y escogiendo á esta suavísima Señora, para que dulcemente rigiese las almas redimidas por la preciosa sangre de su Hijo! La introduccion de María en el gobierno espiritual del mundo representa la mitigacion de la justicia, y el ayuntamiento á esta jus-

ticia de aquel dulcísimo y consolador atributo de la misericordia, que resplandece en la Virgen con todos los destellos de su hermosura, y de la cual esta Señora es como la encarnacion, el tipo y la manifestacion más espléndida, ya que en el orden divino ha sido constituida generosa dispensadora de todos los dones; y el glorioso doctor de la Iglesia, san Alfonso María de Ligorio, explica que no baja al mundo ninguna gracia celestial, que no sea por conducto y mediacion de María. El conjunto de los fieles formamos un cuerpo, el cual recibe la vida por su union con la cabeza de todos los hombres y los ángeles, que es Jesucristo Señor nuestro, y esta divina cabeza jùntase á la humanidad por medio de María.

II.

¿Cómo llegó María á tanta exaltacion y gloria, y logró un encumbramiento tan sublime? Porque fué la criatura que ahondó más y bajó más en este descendimiento que practica la criatura hácia los abismos de su nada, y que llamamos humildad. Reconoció

su nada María en momentos solemnísimos, y en ocasiones en que los halagos de la gloria lisonjeaban su altísima dignidad. Visita á su prima Isabel, cuando llevaban ambas en sus entrañas, la una al Salvador del mundo, la otra al Precursor del mismo, é Isabel, avisada por la criatura que alberga en sus entrañas, de la dignidad de la Mujer que recibe en su casa, la saluda reconociendo y confesando en altas voces, que María es la bendita entre todas las mujeres, y es la Madre del Señor de lo criado; y ¿piensas, alma mia, que María se glorió de su grandeza? ¡Ah! no; se glorió en su humildad y entonó el cántico del *Magnificat*, que es el himno de la pequeñez engrandecida, de la humildad sublimada; confesóse grande por largueza divina, y bienaventurada por dignacion del Señor, que no se desdeñó de mirar la pequeñez de su esclava.

Tal es, alma mia, el principio generador de la gloria cristiana, la humildad. El que más baje, más alto subirá; el que pretenda sentarse en el trono de la vana estimacion y aplauso de los hombres, será ignominiosamente depuesto de su silla; y el pobre y despreciado será levantado de su mundana ig-

nominia. Esta es la leccion fundamental de la filosofía cristiana, la primera leccion que la sabiduría de Cristo enseña á sus discipulos, la condicion esencial en cualquiera que haga profesion de cristiano, sea cual fuere su posicion y grado social. Por maravillosa manera nos explicó esta doctrina el Señor: Lázaro, el mendigo, que anda arrastrándose ante la grandiosa puerta del palacio del rico Epulon, es levantado á las mayores alturas de la gloria, y el rico cayóse, como piedra, en lo profundo de los abismos de la miseria eterna. Satanás codició el trono del Altísimo, y loco se levantó para apoderarse de él; la soberbia de Satanás no ha tenido igual, y tampoco la tiene la profundidad de miseria en que está sumido; de lo sumo del cielo descendió, con la rapidez del relámpago, á lo ínfimo del infierno. María se humilló más que todas las criaturas, y por esto ha sido sublimada sobre todas ellas.

Canta, pues, tú, alma mia, himnos á la grandeza de María, y contribuye á realizar la sentencia divina de que el humilde será ensalzado; no temas la torpeza de tu lengua, ni la oscuridad de tu entendimiento; los ángeles te enseñan el himno favorito de María,

el *Ave María*. Rézalo y repítelo, y no temas que canse á la Señora esta monotonía; lo trivial es lo efímero y lo que cansa; la variedad debe ser en las cosas tenues, en las ideas baladís; mas lo sólido y substancioso, lo profundo y divino cuanto más se paladea más gusta, nunca se acaba su substancia, desplegando su valor á medida que es conocido.

III.

Aprende en este último misterio glorioso, que si María es Reina de todo lo criado, tú eres súbdito de María. A mucho te obliga esta consideracion. En primer lugar debes ofrecer á la Señora las primicias de tu corazon, porque el reino de María es principalmente espiritual y anhela los tributos del alma más que los del cuerpo, y un alma enredada en las afecciones impuras de la vanidad mundana es incapaz de sentir el casto amor á María. Un espíritu grosero no puede amar á esta purísima Reina, el sol no refleja en un espejo empañado, como el amor de las cosas celestiales no prende en corazones

sensuales. Purifica, pues, tu alma, cristiano, y al reconocer en María tu Reina y tu Señora, podrás ofrecerle tus piadosos afectos, tus sentimientos respetuosos y tu cariño filial. No creas locamente que María se satisfaga de un amor que sale de un corazon no limpio, porque no es verdadero amor, ó cuando menos es un afecto impuro, que sabe á la corrupcion del alma de donde procede. El mejor tributo que podemos presentar á nuestra celestial Reina es el arrepentimiento de nuestros pecados; purificar nuestras aficiones, expeler nuestros vicios y ejercitar las virtudes. Debemos vestirnos, en una palabra, la librea de nuestra Reina, que es la pureza y la caridad, y entonces le demostraremos un verdadero amor, le pagaremos el debido tributo, y Ella nos corresponderá colmando nuestra alma de celestiales bendiciones, nuestro corazon de verdadera paz, y siendo nuestra tutela y proteccion en vida y nuestra seguridad en la hora de la muerte.

